

TEMPORALIDAD Y MEMORIA



Noé Jitrik

En el *Curso de lingüística general*, al que inevitablemente volvemos con la convicción de que Ferdinand de Saussure algo puede haber pensado acerca de algún problema relativo al lenguaje que nos pueda preocupar en otro momento y en otro contexto, hallamos una referencia al tiempo en la “Cuarta Parte”, acerca de la lingüística geográfica. Saussure se interesa, y no demasiado, acaso sintiendo que es un poco obvio o un remanente del indoeuropeísmo, por el tiempo como factor de producción de las variaciones que se producen históricamente en una lengua; de ahí salen referencias a la evolución, a la innovación, al cambio y al origen de los dialectos: lo temporal, en este caso, espacializa en la medida en que da lugar a coagulados lingüísticos que caracterizan lugares y que conducen al establecimiento, tan atractivo, de los mapas correlativos.

Quizá por afán de separarse de la gramática, a la que considera sólo una manera de designar una lingüística estática, por lo tanto sincrónica, y guiado por su dialéctica oposicional, no parece haber prestado atención a aquellos elementos de la lengua que no siendo estrictamente signos, como las preposiciones y las conjunciones, “hacen” significar así como tampoco a los que, como los verbos, asumen la categoría temporal y tratan de dar cuenta de ella por me-

dio de determinadas configuraciones. No le llama la atención que desde las más antiguas haya persistido lo que ahora, prestando precisamente la atención que en sus lecciones no aparece, podemos entender como un deseo de capturar, mediante lo que se llama, no por nada, “tiempos verbales”, la presencia de lo temporal en la lengua misma. Si, en cambio, parece que la noción de presente va de suyo, en especial la de pasado pero también la de futuro ha dado lugar a especificaciones que sugieren, además de una voluntad de situar aquello que los verbos refieren, una voluntad de entender de qué modo el tiempo hace masa en el lenguaje. Pero no es sólo eso: en el uso, término que corresponde a una dimensión de habla, dejada de lado, como se sabe, por Saussure, tales especificaciones cobran un relieve aún mayor; meramente emplear un pretérito en un enunciado lo temporaliza más allá de lo que se enuncia, esa forma verbal “sitúa”, introduce una dimensión que en el paradigma conjugatorio se sutaliza mediante disposiciones que las gramáticas codifican; esa codificación deja percibir una especie de anhelo que reside en la lengua misma, el de asir la índole fugaz de la temporalidad.

Pero no se trata de regresar a una gramática ni de describir los alcances que tienen determinados elementos verbales aunque poner en escena el tiempo, o la temporalidad o, lo que sería una consecuencia, las temporalizaciones, tiene siempre algo de inquietante o, en todo caso, lo que implica no se detiene ahí. Por empezar, y puesto que los verbos son como los recipientes que encierran el tiempo en su doble registro, su representación y su dimensión, hay que recordar algo que también va tal vez de suyo: en su mayor parte, los usos verbales – y por eso se dice “formas personales” – conllevan un sujeto que los pone en movimiento; es cierto que hay verbos impersonales, sin sujeto del verbo pero eso no quiere decir que no haya sujeto de la enunciación. Cabe aquí, por lo tanto, hacer una distinción: el sujeto, personal, del verbo personal, es un agente del verbo, el apoyo indispensable para que el verbo cumpla con su papel pero, al mismo tiempo, hay un sujeto de la enunciación, que está fuera del universo intrínseco verbal, y en el cual reside el alcance y la finalidad de las operaciones; es este sujeto quien se hace cargo de la doble temporalidad a la que nos hemos referido, la representación del tiempo y el entendimiento de la dimensión temporal en la palabra misma, es

quien la elige extrayendo la forma temporal más adecuada de un paradigma que la lengua ha ido construyendo desde el momento en que se ha constituido y cuya aspiración sería configurar una lógica que permita su funcionamiento mismo.

En otras palabras, busca los medios, elige el camino que entiende más adecuado para entrar en el tiempo con certeza, por más relativa que sea. Pero ¿en qué tiempo? La elección responde, a su vez, a un impulso que radica en la subjetividad y toma forma en ella, o a una necesidad que sería la respuesta subjetiva a una exigencia o pedido formulado desde una instancia objetiva que, topológicamente, la precede; quizás no haya impulso puro, pulsión pura, quizás lo que llamamos impulso tome forma una vez que la necesidad está establecida o, por lo menos, que ambos conceptos interactúen. Pues bien, esto implica un desdoblamiento de la temporalidad: en los tiempos verbales el tiempo está encubierto, integrado a ellos, en cierto sentido congelado en ellos pero los enunciados que gracias a ellos se producen, y que en la operación ceden su anterioridad, no serían posibles sin ese impulso o necesidad de enunciar, que sería, por lo tanto, el momento “vivo” del tiempo. La relación entre ambos modos de la temporalidad se rige por lógicas diversas: la del generativismo es una, es la que responde al primero, la del deseo, que infunde al impulso, es otra, es la que responde al segundo.

Pero, a su vez, y la imagen de “necesidad” permite pensarlo, hay un objeto del enunciar que, siendo objeto del deseo, despierta el impulso y que podría ser entendido, según lo señalamos, como “instancia objetiva”. ¿Qué es ese objeto cuando se trata de enunciar?

Impulso y necesidad están instalados en el espacio del sujeto que elige y decide enunciar; en el momento en que el enunciado toma forma se pone en evidencia que ese enunciar es de un “saber” previo, consolidado y, por lo tanto, instalado en un “ya fue”, lo que también ilumina el sentido del uso de los tiempos del pasado, como los más propios de una enunciación que recorre todos esos niveles; por el contrario, el uso del tiempo presente tiene el carácter de un roce respecto del saber, siendo asertivo en el modo -indicativo, imperativo- sin embargo es hipotético en cuanto al saber; en el futuro, a su vez -y como para cumplir con la división triádica mediante la cual los humanos dicen entender el transcurso- lo hipotético es aún

mayor, el saber es un puro objeto de construcción. Pero, más que eso, ya en el plano del enunciatario, al aceptar un enunciado como válido, o sea como inteligible, elaborable, con sentido en todos los órdenes, aceptamos también el saber que le confiere su entidad.

Cuando el sujeto, en esta instancia, elige para enunciar y, puesto que se trata de la problemática del tiempo, lo hace mediante tiempos verbales del pretérito, que son, como lo dijimos, los que encarnan mejor el "saber", su acción enunciativa tiene lugar en un presente que es como un punto, situado en el cual observa el saber ya configurado que será objeto de una enunciación que irá conformando: trayéndolo al presente de la enunciación, le restituye su cualidad, lo hace inteligible como saber residente en un pasado. En otras palabras, mediante ese proceso produce una significación que empieza a circular y que contiene, apretadamente, todos los elementos, planos y niveles que han confluído para configurar la enunciación: es lo que llamaríamos "proceso semiótico". Podríamos arriesgar, en este punto, una especie de definición, sesgada desde luego hacia la zona que motiva esta reflexión: lo que consideramos o entendemos como "significación" de un enunciado sería un juego de temporalidades que conduce a entender la instancia mayor, el Tiempo, lo que nos conduce a otro lugar, de un pensar semiótico vinculado con la vida y, desde luego, con la muerte.

Estamos hablando de un sujeto de la enunciación, lo cual es una suposición audaz pues, como señala Henri Meschonnic, "no hay *un* sujeto, como parece implicarlo la expresión de la cuestión del sujeto" sino al menos 13, lo cual, como es obvio, dificulta la continuidad de una reflexión que lo mencionaba en singular; los 13, sin embargo, puestos en la acción de enunciar, tienen algo muy fuerte en común si se trata de proceso semiótico: todos son, además de las funciones que les son propias, el espacio en el que se gesta la enunciación y también lo que la liga, saber convocado mediante, con el mundo. Dicho de otro modo, si un enunciado "dice", o sea "significa", y no hay enunciado que no lo haga, es porque el cruce de instancias que hay en él hace presente un saber que ya no es sólo el de uno de esos sujetos, suponiendo que los haya en tal diversidad, sino el saber del mundo concentrado en cada uno de esos sujetos.

El presente de la enunciación es convocador; por un lado es el momento en el que el enunciado es conformado efectivamente; por otro, y para que esto suceda, es preciso que se produzca una serie de conversiones: antes de ser enunciador quien va a serlo ha mantenido con lo que va a ser lo enunciado una indispensable relación que podemos llamar de “observación”; dicho de otro modo, para convertirse en enunciador un sujeto *observa* el objeto del enunciar, o sea el saber que, según nuestra calificación, *necesita* enunciar. Implícito en la enunciación, contenido en ella, en el cruce entre el pasado, tiempo del sujeto del enunciado, y el presente, su propio tiempo, el enunciador se presupone observador.

Raúl Dorra propone un sistema de transformaciones semejante a partir de una frase, “Miraba la malcasada”, de la que se extraen todos estos planos: sujeto del enunciado, la “malcasada” realiza una acción en el pasado, pero el enunciador lo hace en el presente haciéndose cargo de “aquello” que la malcasada miraba: es ahí donde “observa”, tanto la acción de mirar de la malcasada, como aquello que se supone que miraba. Queda así constituida la instancia del observador del cual Dorra señala que “el hacer del observador es un hacer intransitivo, observa para sí” (añadimos: puesto que observa su saber) de modo que no se puede hablar de un observatorio, el sujeto del enunciado no lo es. Por lo tanto, y pese a que lo convierte en la materia del enunciado, lo observado, se puede concluir, es impenetrable, permanece en un “para sí” donde sufre las acciones semióticas de recuperación, reformulación, simbolización y conversión en imágenes.

Pero, dijimos, aquello que la enunciación enuncia es un “saber” que, como se ha ido constituyendo, es equivalente a lo que entendemos corrientemente como “memoria” o bien la memoria es el recinto en el que está alojado el saber. Por lo tanto, si lo observado es impenetrable, si el saber lo es, también la memoria es impenetrable, lo que no quiere decir que sea inviolable; por el contrario, lo que llamábamos “impulso” o “necesidad” de enunciar es la tentativa de romper esa coraza lo que por su lado tampoco implica que el enunciador logre penetrarla; se diría, en cambio, que la memoria más se pertrecha cuanto más cerca parece que se está, por medio de la enunciación, de penetrar en su recinto. ¿No es acaso esto mismo el

efecto de fuga de la significación, en especial en los enunciados llamados poéticos? Y aún más, puesto que el tiempo es un constituyente, se diría que lo que se escapa en la memoria es el tiempo mismo, del que lo que se ha puesto en los tiempos verbales es el intento de hacer creer que son toboganes por los que podría haber un deslizamiento hacia el apresamiento del tiempo.

Desde luego, la memoria es también una retención, una acumulación a la que solemos referirnos como si estuviera ahí nomás, al puro alcance de la evocación, sea individual, sea colectiva. Pero ¿es lo mismo que el imaginario que es, de una manera que podría ser análoga, una acumulación? ¿O hay entre ambas instancias una relación de todo y parte, o el imaginario es un modo específico de la memoria? Afirmarlo requeriría una teoría del imaginario que tuviera sobre todo en cuenta la idea de recinto, de que el imaginario, como comprensión articulada de imágenes, reside en algún lugar, no pudiendo ser, ese lugar, algo diverso de la memoria o radicalmente ajeno a ella. O, por el contrario, y tan sólo para respetar especificidades y frenar la tentación de igualar todos los conceptos, se podría pensar que el imaginario actúa por sí solo, se manifiesta en el terreno de las pulsiones o por síntomas, mientras que la memoria promete ante todo entregar sus tesoros por determinados medios, por ejemplo la evocación o la invocación.

Sea como fuere, la memoria –y el imaginario que la satura y la sostiene–, por lo tanto entendida como generalidad abarcativa, equivalente del saber, es, como lo señalamos, fuente de la enunciación; pero ya sabemos del saber, y de la memoria por consiguiente, que es no sólo un depósito sino también una energía que nutre el impulso o la necesidad de enunciar por parte de un enunciador en quien todo este movimiento se produce: a su vez, y en retroacción, el proceso transforma el saber y la memoria, nunca son ellos mismos luego de una enunciación en virtud de que el enunciado, que es donde uno y otra deberían aparecer, muestra no sólo lo poco que ha logrado capturar, o sea un resto, sino también deja percibir cómo ya no son lo mismo así sea porque se les ha quitado un fragmento. Lo que los cambia es precisamente la doble instancia a que son sometidos, por un lado el tiempo –encubierto en los tiempos verbales– que

constituye el fundamento de la memoria y, por el otro, su incidencia en los objetos de saber que el enunciador observa desde la distancia.

Se trata, sin duda, de una alteración: si hasta el instante previo al proceso enunciativo la memoria constituía una suerte de economía, de equilibrio inestable, al intervenir en ella todo se mueve, se produce una súbita desarticulación. Llamaremos de “transformación” a ese movimiento, sobre cuyos alcances habría algo que decir en el sentido de cómo pensar la instancia transformativa. El acto enunciativo la produce por sí mismo y es como si la memoria la pidiera. En ese orden es posible pensar en una transformación no deliberada, “pasiva”, que hinca sus raíces en el inconsciente en la medida en que opera dos deseos contradictorios, el de conservar íntegro el saber y el de lograr un no-saber, lo que corrientemente se llama olvido; pero ese modo de la transformación no es el único: también se da una transformación deliberada, estratégica, “activa”, según la cual el acto enunciativo viene ligado, conscientemente en el impulso a enunciar, a una voluntad de modificar la memoria. Teniendo en cuenta ambas posibilidades y considerando lo que ocurre cuando se produce cabe preguntarse cómo la transformación, de uno u otro tipo, llega a sus límites y, además, en qué consisten sus límites. Se diría que resultan de un juego entre conservación y cambio o, en otras palabras, entre memoria originaria en un momento determinado y memoria modificada

Es oportuna, en este punto, una observación de Raúl Dorra: la “pura transformación impondría la desaparición de la memoria y por lo tanto del mundo del cual es su sinécdoque”. ¿Una transformación absoluta? Esa instancia es poco pensable; se trata, más bien, en quien la pretende, de un blanco provisorio en lo aparente pero, en realidad, de una conversión en lo inconsciente de aquello que desaparece, mundo incluido y, por lo tanto, reparable de otro modo: la instancia de la letra, que daba cuenta de la transformación reconduce. Pero algo más: si un enunciado intenta, hipotéticamente, la “pura transformación”, también puede haber la intención de mantenerse en la “pura memoria” o, lo que es lo mismo, el “puro mundo”, o sea un exceso que impondría en los actos enunciativos, para usar los términos empleados por Dorra, una anulación de la transformación y, por lo tanto, una redundancia.

Si hay, como lo hemos señalado, dos clases de enunciados, los que no se proponen una transformación, “pasivos”, a los que podemos llamar “simples” y los que se proponen una transformación, “activos”, que podemos llamar “complejos”, oposiciones que sólo sirven para seguir razonando acerca de la memoria, los primeros, por ser sólo enunciados, producen una transformación puesto que la memoria es desarticulada por ellos y luego rearticulada por el enunciador en el plano externo de la enunciación; por el hecho de que al distanciarse el enunciador, como observador, y tender las temporalidades – del pasado del saber al presente del enunciado – la memoria ya no es más lo que pudo haber sido; los otros, los “complejos”, cuyo punto más alto puede estar en los de tipo poético, que procuran la transformación a sabiendas de que las transformaciones que producen en la memoria no se reducen a lo que puede suceder con ella y a cómo ella puede quedar sino a darle un sentido, sea cual fuere. Cuenta, en este caso, la audacia – la estrategia – del enunciador que, por supuesto, nunca puede ser absoluta puesto que si la “pura transformación impondría la desaparición de la memoria”, como dice Dorra, “la pura memoria bloquearía la transformación”, sería un punto muerto en ambos sentidos, dos modos perversos de canalizar el impulso a enunciar.

En consecuencia, el enunciador debe establecer un compromiso para que su audacia tenga frutos; si la memoria no se retira y da unos pasos atrás nada se transforma pero si la memoria se anula totalmente desaparece aquello que puede ser transformado, o sea el mundo. Si Freud, para dar un ejemplo aplicado, no hubiera suspendido su memoria de la psiquiatría no habría podido ni siquiera pensar, si “pensar es un sistema que *debe hacer mal*, como señala provocativamente Henri Meschonnic, aunque no se sepa del todo a quién o de qué modo ese “mal” termina, como lo pretende el psicoanálisis, hacer “bien”. Desde luego, y en ello reside el compromiso de que hablamos, la suspensión de la memoria no implicó un olvido total, de donde se saca que tampoco la transformación operada en su seno fue absoluta. En realidad, y eso sería lo fecundo del compromiso, es contra la memoria, inolvidable, que se lleva a cabo la transformación.

¿Qué hacer, pues, con la memoria? ¿Y qué hacer con la transformación? Es posible que lo que llamamos “transformación” sea una especie de ley que acompaña todo proceso de orden temporal: el tiempo que pasa todo lo cambia, todo lo transforma y nada puede hacerse al respecto. Crecimiento, acumulación y también, del mismo modo que existen enunciados que se quiere que sean complejos, ese proceso genera figuras nuevas, previsibles algunas, por ejemplo larvas que devienen mariposas, jóvenes que se convierten en ancianos, materias que, sometidas a una acción, llegan a ser objetos, sugerentes otras, el Doctor Jekyll que deviene Mister Hyde, sorprendentes otras, pobreza referencial que se transforma en riqueza expresiva, buscadas como se busca el sentido mismo, una experiencia que se convierte en imagen. Por lo que hemos venido diciendo, esa ley opera en la memoria y si en principio la cercena, porque algo sale de ella y no regresa sino bajo otra forma, también tiene algo que ver con la noción esencialmente ambigua y escurridiza de olvido, que sería el colmo de esa transformación.

Noé Jitrik
Universidad de Buenos Aires